

ÉL, con atadura en las muñecas. Barbipicudo y de rostro familiar.

ELLA, de maneras hoscas. Portadora de un libro antiguo de gran envergadura.

Ambos de indumentaria contemporánea a excepción de una gola o gorguera aurisecular en el cuello de ÉL y una pañoleta o pañuelo en la cabeza de ELLA.

ELLA, a fuerza de empujones, hace que ÉL entre. Hállense en un vagón de metro que se ha detenido en cualquiera de las estaciones de cualquiera de las líneas que recorren las entrañas de la ciudad.

Las puertas se cierran.

Comience el trayecto...

ELLA: ¿¡A ajo!?

ÉL: Sí.

ELLA: ¿Que huelo a ajo?

ÉL: No fuere en contra de tu beneficio.

ELLA: **(Leyendo del grueso volumen —del libro— que carga)** “Tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha.” ¿Qué me decís a eso?

ÉL: Que no sabía que las ‘sala-puercos’ supieran leer.

ELLA: **(Haciendo caso omiso. Lee)** “Tira tan bien una barra como el más forzado zagal de todo el pueblo. Vive el Dador, que es moza de pelo en pecho [...] Qué rejo tiene y qué voz [...] Con todos se burla y de todo hace mueca y donayre [...] Gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol

y al ayre” Esto último no lo entiendo muy bien, pero seguro que sí fuere en contra de mi beneficio.

ÉL: Es precioso: viene a decir de vos que sois tostada por el sol, fornida y morena: varonil.

ELLA: ¿Como la Merkel?

ÉL: ¿Cómo quién?

ELLA: Suerte tuvisteis de morir hace casi cuatro siglos.

ÉL: ¿Y a santo de qué aquestas resurrecciones?

ELLA: Claro está: **(Vuelve a leer. Enojada)** “Podría ser que al tiempo que los vecinos llegasen se corriesen de verla.” ¡¡¡Que los vecinos se avergüenzan de verme!!! Además, hoy en día correrse ya no significa eso.

ÉL: Soy cansado. Llévame a mi sepultura.

ELLA: Si supiere ciertamente dónde está, aún siguen debatiendo osario común.

ÉL: Soltadme el lazo al menos. **(Muestra las muñecas, mano buena y mano herida maniatadas, para que se las desligue)**

ELLA: Aún no. Primero debéis arreglarlo.

Pausa

ÉL: ¿El qué?

ELLA: Vuestro manuscrito. Ambos. Los dos en los que me referís ‘tostada por el sol, fornida, morena: varonil... y gustando olores de ajos’.

ÉL: No puedo.

ELLA: No os lo pido.

ÉL: No quiero.

ELLA: Pues debierais.

ÉL: *(Vehemente)* A otro con esas chanzas.

ELLA: Vos lo escribisteis.

ÉL: ¿¡Pedir a un escritor que acomode las letras al gusto de personajes!? Esto es... censura.

ELLA: Esto es... España¹.

ÉL: Prefiero volver a Argel...

ELLA: Don Miguel.

ÉL: ...Al cautiverio.

ELLA: No podéis mostrarme así en la primera novela moderna.

ÉL: Para mí fue la penúltima. Después apuré el Persiles y lo que los cenutrios llaman Segismundo cuando es ‘Si-gis-munda’.

ELLA: No os devolveré a la postrera y su descanso eterno si no “desfacéis el agravio y enderezáis el tuerto”.

¹ Sustitúyase aquí el país ‘España’ por el nombre de aquel en el que se represente pues, a triste actualidad, no creo equivocarme como dramaturgo en que censores coercitivos haya y hay en todo punto y parte del globo terráqueo.

ÉL: Pídeselo a Lope, que bien se gustaría él de desdecir contradicciones a mi disgusto.

ELLA: El ingenioso es vuestro.

ÉL: Los originales. La rebanada del medio, la carne mohosa del emparedado literario la firmó el fénix de los “ingenuos” rubricando con la máscara de Avellaneda.

ELLA: *(Leyendo, en un último intento)* “A mí me pareció borrica, me dio un olor de ajos crudos, que me encalabrinó y atosigó el alma.” Locuras del autor a boca de su criatura.

ÉL: Borrica eres, Aldonza, sí: borrica. No hay jueces de cuerdos que no estén locos, pues condenar la locura es la mayor enfermedad del hombre. Con ajos o sin ellos somos lo que somos, más allá del nombre o de los olores. Corazones nobles, en piel de fregona o camarero, hay que apestan por fuera. En el envés: maletines, directoras técnicas de universidades para adultos o corbatas con perfume encubren interiores de carroña desalmada. Lo que somos cabalga aquí dentro *(se señala el pecho)*. Aquello que se observa a simple vista es solo la fáfara, el velo traidor del día a día. Como diría Sancho: “a Dios rogando y con el talonario dando”. Por eso te describo, en boca del Quijote, de un modo que no tiene parangón, tú serás Aldonza Lorenzo la sala-puercos, pero él... pero yo veo en ti la magia misma del amor: *(Sacando una energía caballeresca hasta ahora oscurecida. Le quita el libro, no sin dificultad debido a su brazo semiparalizado. Una vez cargado el grueso volumen, comienza a leer para terminar de memoria.)* “Sólo sé decir, respondiendo a lo que con tanto comedimiento se me

pide, que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad por lo menos ha de ser princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas; y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sola la discreta consideración puede encarecerlas y no compararlas.” **(Pausa)** ¡Borrícal!

ELLA, aprovechando la lectura, ha desaparecido entre el gentío del vagón. ÉL otea, pero no la encuentra.

Desde el otro lado, un señor, CABALLERO de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro... se acerca y le pregunta a ÉL con tono de preocupación.

CABALLERO: ¿Está usted bien?

ÉL: Estaba hablando con mi personaje... es igual. ¿Sabe dónde hay un cementerio por aquí? Aunque sea un osario común. Soy cansado y entre nosotros: creo que me estoy volviendo loco.

El CABALLERO coge el grueso volumen y está a punto de caérsele cuando queda abierto en sus manos por una página. Con aviesa mirada, comienza a leer. Su voz, eco en los desorientados oídos de ÉL, se pierde de fondo, con nuevas reminiscencias, al Ingenioso hidalgo, confundiéndose así con el rítmico y monótono traqueteo ferroviario según invade el oscuro en la escena.

CABALLERO: *(Leyendo divertido y entrañable a partes iguales)* Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo. Señor, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco y ya soy cuerdo; fui don Quijote de la Mancha y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno.

El oscuro hace acto total de presencia a modo de despedida.

Vale².

² Fórmula clásica de despedida. Con esta palabra (VALE) pone fin don Miguel de Cervantes a su Don Quijote de la Mancha